

sublime cántico de su humildad: «Depuso de su trono á los poderosos, y ensalzó á los humildes.»<sup>1</sup> ¿Qué mayor malicia que menospreciar á Dios, arrojarle de su trono, usurpando la gloria que á Él únicamente pertenece como único Autor y Dueño de todos los bienes? Pues ésa es la malicia que entraña la soberbia que, según el conocido pensamiento de San Agustín, llega hasta el desprecio de Dios: *Amor sui usque ad contemptum Dei*.

10. Semejante al gran dragón del Apocalipsis<sup>2</sup>, la soberbia encarnada en el mismo Lucifer, tiene siete cabezas y multitud de cuernos, esto es, los siete pecados capitales y sus innumerables ramificaciones. De ella nacen, en efecto, el desprecio del prójimo; la ambición de honores y puestos elevados; la vanidad ó deseo inmoderado de aplausos y alabanzas; la vanagloria por las buenas cualidades que se poseen y los felices resultados que se obtienen, atribuidos á la propia industria y suficiencia, no á Dios; la ostentación de los bienes que se tienen, mayormente del talento, del poder y las riquezas; la presunción y temeridad; la hipocresía; la desobediencia y dureza de juicio; la rebelión contra la autoridad; la ira y tantos otros desórdenes, que fuera interminable su enumeración. Ahora bien, hermanos carísimos, ¿no está inundado el mundo de este cieno corruptor de la soberbia? ¿Qué otra cosa es, en su quintaesencia, el espíritu de la sociedad moderna sino orgullo y rebeldía? ¿Cuál es el grito de la revolución anticristiana sino el mismo de Luzbel: *Non serviam*<sup>3</sup>? ¿Qué se ha hecho de la humildad cristiana? Entre tanto el orgullo es el peor enemigo de la fe. «¿Cómo podéis creer», decía Jesucristo á los fariseos, «vosotros que os glorificáis mutuamente y no buscáis la gloria que sólo viene de Dios?»<sup>4</sup> Por eso invade el mundo el día de hoy la co-

<sup>1</sup> Luc. 1, 52.<sup>2</sup> Apoc. 12, 3.<sup>3</sup> Ier. 2, 20.<sup>4</sup> Io. 5, 44.

rrupción pagana, como justo castigo de la soberbia entronizada en todos los espíritus. ¿Quién no ve que se está verificando lo que, según escribe San Pablo, aconteció á los sabios del paganismo, que por no haber glorificado á Dios, á pesar de haberle conocido, los entregó al réprobo sentido, á los deseos desordenados de su corazón y á toda suerte de vergonzosos pecados?<sup>1</sup> Detestemos, hermanos míos, la arrogancia y el orgullo. Detestemos todas las concupiscencias que nos arrastran á la corrupción. Pero no queramos tampoco lo imposible: amar al mundo y permanecer limpios de corazón. Acordémonos de que el mundo pasa como una figura de teatro, y pasan con él todas las concupiscencias. Sólo el que hace la voluntad de Dios permanece eternamente<sup>2</sup>.

### TERCER SERMÓN.

#### Los vanos juicios del mundo.

Et mundus totus in maligno positus est.

1 Io. 5, 19.

1. ¡Ojalá pudiéramos decir con verdad, hermanos carísimos, aprovechando las gracias de este santo Jubileo, lo que decía, refiriéndose al triunfo de su pasión y muerte, nuestro divino Salvador: «Ahora es el juicio del mundo: ahora será arrojado fuera el príncipe de este mundo»<sup>3</sup>! ¡Ojalá que, iluminados por la luz de Dios, supiésemos juzgar al mundo y, en consecuencia, arrojásemos de nuestro corazón al demonio, lanzando de nosotros el pecado! Pero ¡ah! que desgraciadamente acontece á muchos, á los más de los pecadores, los mundanos, lo que á los judíos á quienes se dirigía Jesucristo, que carecen de luz:

<sup>1</sup> Rom. 1, 21 et sqq.<sup>2</sup> 1 Io. 2, 17.<sup>3</sup> Io. 12, 31.

«Todavía hay poca luz en vosotros.»<sup>1</sup> Y estas tinieblas provenían, como observa el Evangelista, de un terrible castigo de Dios, predicho por Isaías, la ceguedad de la mente, el endurecimiento del corazón, castigo justamente merecido por la soberbia con la cual amaron más la gloria humana que la gloria de Dios<sup>2</sup>. Á pesar de todo clamaba el Salvador: «Caminad mientras tenéis luz, no sea que os cojan las tinieblas; porque el que en tinieblas anda no sabe dónde va.»<sup>3</sup> ¿Aprovecharemos también nosotros, hermanos míos, estas amorosas exhortaciones repetidas por la boca de la Iglesia? ¿Marcharemos por la senda del cielo que se nos presenta al descubierto, ó por la tortuosa senda del pecado que nos conduce al reino de las tinieblas sempiternas? El mayor obstáculo para salvarnos es la decadencia de nuestra fe casi extinguida: para reavivarla es preciso remover las causas que la tienen tan amortiguada, la ignorancia voluntaria y la corrupción del corazón. Urge combatir y vencer las tres mortíferas concupiscencias que nos apegan al mundo tanto cuanto de Dios nos alejan; y para eso hay que aborrecer al mundo mismo, enemigo de Dios y de nuestra felicidad. Difícil es, sin embargo, aborrecer lo que hemos amado durante toda nuestra vida, lo que siempre se nos ha representado como verdadero bien y fuente de bienes y placeres. ¿Qué hacer para allanar esta dificultad? Pues arrancar esa careta de amigo al verdadero enemigo de nuestra salvación, conocer al mundo tal cual es. Y para esto, pesar en la balanza de la recta razón, ilustrada por la fe, los vanos juicios que aquél forma en su necia y carnal sabiduría. Esto es lo que vamos á hacer en este discurso, que servirá de complemento al anterior. En efecto, carísimos hermanos, las concupiscencias, triunfantes en la mayor parte de los hombres, dando la ley, por decirlo así, á la sociedad, forman ese espíritu

<sup>1</sup> Io. 12, 35.<sup>2</sup> Ibid. 12, 43.<sup>3</sup> Ibid. 12, 35.

maligno y perverso que llamamos propiamente «el mundo», ese enemigo capital de nuestras almas. Ese espíritu se traduce y manifiesta en juicios ó dictámenes más ó menos explícitos, que son las máximas corrientes entre la gran masa de los pecadores, de los que viven entregados á todas las concupiscencias del sentido. Es evidente que esos juicios son diametralmente contrarios á las máximas de Jesucristo y á las enseñanzas de la Iglesia, con lo cual dicho se está que son vanos, falsos y perversos. ¡Cuántos hombres, eso no obstante, los tienen por regla de conducta! ¿Será tal vez porque no los han visto en toda su deformidad? Reduzcámoslos, pues, á tres clases ó materias, según que favorecen ó disculpan ora la *sensualidad*, ora la *codicia*, ora finalmente la *soberbia* de la vida. Yo no dudo que su sola exhibición bastará para desacreditarlos y cubrirlos de oprobio, como máximas inmorales de que todo hombre, no sólo cristiano, sino razonable y honesto debería avergonzarse. Yo las propondré á vuestra consideración sin disfraz ni paliativo.

## I.

2. Y empezando por el primer dictamen favorable á la sensualidad ó, mejor dicho, á la escuela del sensualismo dominante, helo aquí en toda su desnudez: «El fin de la vida es gozar.» No parece sino que se ha levantado de nuevo en el seno de la sociedad la cátedra del antiguo Epicuro. Nuevos Epicuros, seguidos de una turba de mal aconsejados discípulos, entre los que figura la mayor parte de la incauta juventud, van pregonando descaradamente y sin ambages la máxima de que el hombre en esta vida—la única según ellos—está sólo para gozar. Así hablan las escuelas que se dicen filosóficas y profesan las doctrinas del materialismo, más ó menos crudo ó disfrazado con los nombres de sensualismo y positivismo. Y ¡cuántos que no se atreven á declararse sensualistas profesan en su interior esta misma

doctrina del goce! ¡Cuántos, en fin, si no de palabra, dicenlo con su conducta, con sus obras, á pesar de formar en las filas de la Iglesia católica! Según ellos al placer hay que referirlo todo, como al único objeto de la vida. ¿Para qué sirve, dicen los mundanos, la vida sin placeres? Vivir en el dolor ¿no es peor que no vivir? ¡Dichosos los que gozan! ¡Desgraciados los que sufren! Si la pobreza nos obliga á trabajar, que sea lo menos posible, y sólo para poder gozar. Facilitar los medios de gozar indefinidamente, eso se llama progreso: alejar lo más posible las fronteras del dolor, eso es la civilización. Y ¿de qué placer y de qué dolor habla el mundo, hermanos míos? ¿Acaso de los goces del espíritu, del dulce placer de la virtud ó del dolor moral? No, por cierto, sino del dolor físico, lo mismo que del goce sensual y material. Placer y dolor, muy semejantes si no iguales á los de los brutos, esto es todo para el mundo. Ésa es la fórmula de sus vicios y virtudes, ésa es la suma de la felicidad ó infelicidad del hombre.

3. No faltará quien crea que exagero, que calumnio, que interpreto mal las doctrinas sensualistas de nuestra época, las cuales no tienen tendencias tan groseras y demoralizadoras, que me dejo alucinar por un celo intolerante, por preocupaciones de escuela, etc. Más valiera que así fuese, por honor del género humano, pero desgraciadamente no es así. Bien lo saben los que por sus circunstancias han podido ponerse al corriente de las horribles doctrinas del materialismo. No es extraño que los que no las conocen se figuren que es imposible que tan monstruosas teorías hallen cabida en ningún cerebro humano, á menos de estar desequilibrado. ¿Queréis ver la prueba de la verdad de mis asertos? ¿queréis convenceros de que esas doctrinas son corrientes y tienen aplicación práctica en la sociedad? Pues mirad el espantoso número, cada día creciente, de suicidios, aun entre los niños de uno y otro

sexo, que se cometen en las grandes ciudades, en los que se llaman centros de la civilización, en Europa y Estados Unidos. La estadística los registra á diario con asombro de las personas honradas. Preguntad ahora á quien pueda responderos: ¿por qué se lanzan á la muerte esos desventurados que apenas han entrado en la primavera de la vida? Las circunstancias particulares de esos tristes dramas podrán variar al infinito, pero la última razón de todos es una: porque no encuentran en la vida ningún goce, pues todo se les ha convertido en acíbar, y ellos no creen que exista otra vida mejor ni peor que la presente más allá de la tumba. . . . Y ¿dónde han aprendido esas desoladoras doctrinas? Pues en públicas cátedras de positivismo, en libros escritos por autores materialistas, en el teatro, en las conversaciones, en los círculos ó centros donde priva ese modo de pensar, donde se emiten esos dictámenes, como la expresión de la verdad científica, como lo único cierto y positivo que hasta aquí hayan averiguado los sabios. Lo demás que se enseña en las escuelas católicas, en los libros ascéticos, es ilusión, pura ilusión, halagüeña, si se quiere, pero no comprobada por la razón positivista. ¡El cielo! ¡la vida futura! ¡el infierno! ¡la eternidad! ¡Delirios de nuestros abuelos, fábulas inventadas por la codicia de los sacerdotes, dogmas derrocados ya por la ciencia del siglo XIX! ¡Nuestros filósofos imberbes saben más que todos los Doctores de la Iglesia, más que el mismo Maestro universal de todos los siglos!

4. No pretendo por eso decir que todos los que pertenecen á la escuela del mundo profesan de boca esas bárbaras doctrinas y menos aún por convicción. Sé muy bien que hay gentes de vida mundana que no juzgan como los materialistas en cuestiones de fin ó destino del hombre, Dios, la eternidad, el vicio y la virtud, como quiera que muchos de los que el mundo arrastra en el torbellino de sus devaneos, son cristianos y católicos, bien que abandonados;

y otros, aunque no creyentes, profesan á lo menos ideas espiritualistas, creen en la justicia eterna, en el orden moral y en la inmortalidad. Pero no por eso dejo de afirmar que el dictamen prácticamente seguido en el mundo acerca de la felicidad del hombre, es el mismo arriba formulado: «La vida es para el goce material.» Y si no, preguntad al niño, no educado en la piedad cristiana, con qué sueña para el porvenir, y os dirá que con tener mucha plata, con jugar, pasear y divertirse. Y el joven de la escuela sin Dios ¿á qué aspira? ¿por qué anhela? Penetrad en su corazón, y veréis levantarse allí uno tras otro mil fantasmas de felicidad, que todos se reducen á riquezas, honores, diversiones, sociedad, amor con todos sus encantos y placeres. Y el trabajador, y el comerciante, y el hombre de carrera profesional, todos esos que viven sin acordarse de Dios ni de la eternidad, ¿en qué cifran el ideal de su dicha? ¿cuál es el objeto de sus afanes? ¡Ah! todos deliran con el goce, con la abundancia de bienes materiales, con el lujo, con la vida regalada, ú holgada cuando menos. ¿Quién piensa en el deber, en el bien honesto y útil, en el servicio de Dios y de sus semejantes? Quizás no falten quienes adornen su lenguaje con estas hermosas palabras; pero ¿cuántos son los que guardan estas nobles ideas en su corazón? Si alguno piensa y se expresa de otro modo que como habla el vulgo de los hombres, ése con seguridad no pertenece al mundo, ése es del número de los pocos escogidos, de los iluminados por Cristo. «Son muchos», decía llorando el apóstol San Pablo, «aun de los cristianos, los enemigos de la cruz de Cristo, cuyo dios es el vientre, cuya gloria será la confusión de aquellos que no gustan más que de las cosas terrenas.»<sup>1</sup> Tal es el mundo de nuestros tiempos, tales son sus gustos, tales sus juicios sobre el destino de la vida.

<sup>1</sup> Phil. 3, 18. 19.

5. Y ¿cuáles pensáis que han de ser las consecuencias de esos juicios tan errados? Lo son, hermanos carísimos, de la más horrible trascendencia, son tales que apenas me atrevo á manifestáoslas por temor de herir vuestros oídos. Pero ¿acaso os he de revelar cosas que vosotros no hayáis tenido que saber, mal de vuestro grado? ¿No se habla de estas cosas sin reparo ni disimulo hasta delante de los niños? Dice el mundano procaz que el pecado de la carne es un desliz, nada más, un pasatiempo. Y hasta se pretende justificarlo con las exigencias de la humana naturaleza, sin tener en cuenta que esta naturaleza está viciada y corrompida<sup>1</sup>. Llégase hasta destruir la noción cristiana y verdadera de *pecado*. Por tal no debe tenerse una infracción cualquiera de la ley de Dios ó de la Iglesia, aun en materia grave; pecado es solamente un crimen que viola atrocemente el derecho ajeno, como el robo, el asesinato, la calumnia y otros semejantes: lo demás no merece llamarse ni debe reputarse pecado, ni tenerse por materia de acusación en el sacramento de la penitencia. Relaciones inmorales, acciones reprobadas por la ley cristiana, no constituyen pecado ni tienen grave malicia para la conciencia mundana; son cosas naturales, tolerables, principalmente en la juventud, sobre todo entre personas libres. Aun el libre amor ¿por qué ha de estar prohibido? ¿por qué ese yugo del matrimonio uno, indisoluble? ¿puede acaso el hombre resistir al ímpetu de sus pasiones? Luego el divorcio en cuanto al vínculo, es de derecho natural, sancionado por la ley civil. Oponerse á él sería condenar á la infelicidad á muchos desgraciados consortes que erraron al contraer el primer matrimonio. En fin, el sexto mandamiento del Decálogo es de imposible observancia, y no hay desorden, á lo menos grave, en quebrantarlo. El hombre no puede vivir en continencia. Dios dijo á los primeros hombres: *Crescite et*

<sup>1</sup> Gen. 8, 21.